

Geoffrey Hosking

Una muy breve
historia de Rusia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Russian History. A Very Short Introduction*
First Edition
Traducción de Dimitri Fernández Bobrovski

Publicada originalmente en inglés en 2012. Esta traducción se ha realizado por acuerdo con Oxford University Press

Primera edición: 2014
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Geoffrey Hosking, 2012
© de la traducción: Dimitri Fernández Bobrovski, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8732-2
Depósito legal: M-5.829-2014
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prefacio
11	Introducción
13	1. La Rus de Kiev y los mongoles
34	2. La formación del estado moscovita
64	3. El Imperio Ruso y Europa
95	4. Las responsabilidades y los peligros del Imperio
110	5. Reforma y revolución
147	6. El turbulento nacimiento de la Unión Soviética
168	7. La Unión Soviética: el triunfo, el declive y la caída
192	Conclusión
194	Lecturas recomendadas
199	Cronología
205	Glosario
209	Índice de ilustraciones
211	Índice de mapas
213	Índice analítico

Prefacio

Agradezco a mis estudiantes y colegas la ayuda que me han prestado para aclarar y ordenar mis pensamientos durante los cuarenta años que llevo enseñando la historia de Rusia. Estoy especialmente agradecido a Roger Bartlett, John Gooding y Martin Sixsmith por sus comentarios a una versión anterior de este texto. Las equivocaciones y errores son, por supuesto, solo míos.

Introducción

En la novela de Thomas Mann *La montaña mágica*, que es una especie de panorama de la sociedad europea en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, aparecen, bastante apropiadamente, un buen número de personajes rusos, que se sientan en dos mesas separadas: la mesa de los rusos buenos y la de los malos. Nuestra forma de pensar acerca de la Rusia de hoy no ha progresado mucho más allá de estas etiquetas simplistas. En una mesa sentaríamos a Tolstói, Chaikovski, Repin y Sájarov, en la otra a la mayoría de los zares, a Stalin y, hoy en día, probablemente a Putin. Parece que somos incapaces de contemplar a Rusia sin una fuerte carga moral y emocional, ya sea positiva o negativa. En muchos aspectos se trata de un país europeo, pero es demasiado grande, demasiado cercano a nosotros y demasiado extraño como para encajar en algún casillero que nos resulte cómodo.

De hecho, la Rusia buena y la Rusia mala están indisolublemente unidas, primero por la ardua y difícil tarea de la construcción de un estado en las vastas llanuras del norte de Eurasia, y luego por su defensa frente a los invasores, entre los cuales se contaban los estados más desarrollados de Europa situados en sus fronteras occidentales. De todos los grandes imperios eurasiáticos que dominaban las armas de fuego, el ruso demostró ser el más duradero.

La suya es una historia de éxito extraordinaria, aunque sus debilidades ya estaban impresas en sus comienzos. Se basaba en unos pactos tácitos entre el gobernante, las elites y las comunidades formadas por el pueblo llano, pactos que se renovaban tras cada período de agitación y crisis, pero que nunca fueron totalmente armoniosos y que siempre estuvieron sujetos a tensiones internas.

Esa difícil relación constituye la narración central de mi libro, desde su origen en Moscovia hasta su reencarnación en la Rusia postsoviética. A lo largo del relato he tratado de prestar la misma atención a las comunidades populares que a las elites y a los gobernantes. Sin embargo, debemos considerar como preludio la muy diferente historia de la Rus de Kiev.

1. La Rus de Kiev y los mongoles

En 1237, los invasores mongoles atacaron la ciudad de Súzdal.

Saquearon la iglesia de la Santísima Virgen e incendiaron la corte del príncipe, incendiaron también el monasterio de San Dmitri y saquearon los demás. Mataron a todos los monjes y monjas viejos, a los sacerdotes viejos, a los ciegos, a los cojos, a los jorobados y a los enfermos. A los monjes y monjas jóvenes, a los sacerdotes y a sus esposas, a los diáconos y a sus esposas, y a sus hijas e hijos, se los llevaron a todos como cautivos.

Durante siglos estas imágenes han sido la pesadilla del pueblo ruso. Fueron revividas en la memoria durante la invasión alemana de 1941. Por encima de cualquier otra aspiración, los rusos siempre han buscado la protección contra los terribles saqueos y asesinatos que llegaban a

través de las abiertas y llanas fronteras al este y oeste del país. Sin embargo, esa protección era imposible si no acababan las luchas intestinas entre los poderosos de la propia Rusia. Esa necesidad fue la que había motivado, tres siglos antes de los acontecimientos a los que se refiere la cita, la creación del primer estado de Rus. *La Primera Crónica* (o la *Crónica de Néstor*), el primer relato fundacional del estado de los eslavos del este, habla de las tribus eslavas del siglo IX:

No había ninguna ley entre ellos, sino que una tribu se levantaba contra otra. Surgió la discordia y comenzaron a guerrear entre ellos. [...] Así que fueron a buscar al otro lado del mar a los rusos varegos. [Y] dijeron a la gente de Rus: «Nuestra tierra es grande y rica, pero no hay orden en ella. Venid a gobernar y reinar sobre nosotros».

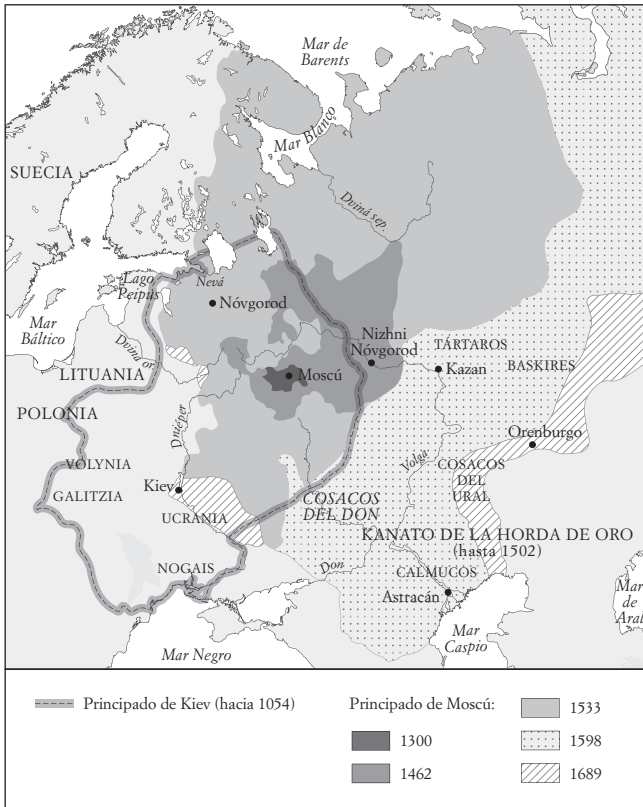
Probablemente no se trató de un hecho concreto, sino de un proceso gradual, aquel mediante el cual las desunidas tribus aceptaron el gobierno de los varegos o vikingos en pro de la paz, la seguridad y la estabilidad del comercio. Los vikingos levantaron asentamientos urbanos fortificados en la ruta comercial que iba desde Escandinavia hasta Bizancio siguiendo el curso de los ríos Dviná, Vóljov y Dniéper, y establecieron la capital, Kiev, en el más meridional. Desde allí el *kagán* (más tarde el gran príncipe) podía imponer su autoridad sobre las tribus rebeldes. Acabó siendo el origen de dos estados soberanos hoy en día, Rusia y Ucrania. Alrededor de Kiev se construyó un semicírculo de fortalezas que servirían para defenderse de las incursiones de los nómadas. Los

varegos no tuvieron problemas a la hora de mezclarse con sus súbditos y adoptar su lengua, dando lugar a un idioma y a una cultura eslavos orientales, si bien esta cultura se caracterizaba por una marcada jerarquía social en la que el príncipe y su *druzhina* (guardia armada) constituían la elite.

Ese afianzamiento de la autoridad y de la cultura hizo que la vida fuese más segura y próspera, y propició el desarrollo de la agricultura y del comercio. Poco a poco, los lazos familiares dejaron de ser el principio básico de la organización social y los nombres de las tribus fueron desapareciendo de las crónicas, siendo sustituidas por los topónimos de las comunidades rurales y urbanas. Los príncipes concedieron a sus guerreros el derecho de *kormlenie*, es decir, sustento (literalmente, ‘alimentación’), a cargo de las comunidades locales a cambio de garantizar su protección. Era una variante de la «economía del don», que dio a las comunidades locales la posibilidad de conocer a sus señores, evaluar sus reacciones y establecer –o a veces no– algo de confianza mutua y una relación de toma y daca con ellos.

Para solventar los asuntos locales, las comunidades rurales tenían sus propias asambleas para las que fueron adoptando gradualmente el término de *mir*, que significa ‘paz’ o ‘armonía’. Las asambleas urbanas eran conocidas como *veche*, y solo su apoyo o «aclamación» otorgaba la legitimidad al príncipe. Todos los ciudadanos varones formaban parte de la *veche* y tenían el derecho y el deber de defender la comunidad con las armas.

Una muy breve historia de Rusia



Mapa 1. Formación de Rusia

Sin embargo, la creación de un reino unificado resultó ser una tarea más difícil. Los hijos del gran príncipe de Kiev solían pelear entre sí por la sucesión. Los esfuerzos por sofocar estas luchas intestinas recuerdan a los de los sucesores de Carlomagno, quienes también trataban de

dominar a los príncipes menores y a las tribus rebeldes. La adopción de una religión monoteísta era la mejor manera de imponer el orden y generar una solidaridad mutua. Y eso fue lo que el príncipe Vladímir (gob. 978-1015) hizo en el año 988 al adoptar la forma bizantina del cristianismo. Esta religión resultó ser la más atractiva para un príncipe que buscaba consolidar su autoridad, ya que condenaba las venganzas de sangre y justificaba la imposición de la ley, el orden y la paz por parte del príncipe. Se cuenta que dos de sus primeros santos, Borís y Gleb, hijos de Vladímir, fueron asesinados por sus rivales al negarse a participar en las disputas dinásticas. A medida que fue ampliándose su red de parroquias, la Iglesia sirvió también para difundir de una forma más efectiva tanto los preceptos morales como los de la observancia de la ley.

La relación más estrecha con Bizancio resultó especialmente beneficiosa para un pueblo que llevaba tiempo comerciando con este imperio. El cristianismo ortodoxo tenía, además, otras ventajas: no tenía inconveniente en aliarse con las autoridades seculares y su liturgia se oficiaba en un idioma afín a la lengua vernácula, lo que la hacía más cercana al pueblo que el latín del catolicismo. Sin embargo, tras la separación en el siglo XI de las Iglesias bizantina y romana, la Iglesia ortodoxa perdió contacto ecuménico con gran parte de Europa central y occidental.

Para ejercer mejor su autoridad, Vladímir distribuyó a sus hijos entre los diferentes dominios de su reino. Cada uno de ellos disponía de una *druzhina* con derecho a *kormlenie* a cargo de las comunidades locales. La labor de consolidación que inició Vladímir fue continuada por

su hijo Yaroslav (gob. 1019-1054), quien reconstruyó Kiev rodeando la ciudad de fortificaciones de piedra y convirtiéndola en una imponente capital con su propia catedral de Santa Sofía –que tomó su nombre de la principal iglesia de Bizancio– y una Puerta de Oro para las entradas ceremoniales. El Monasterio de las Cuevas de Kiev se convirtió en un centro de estudios y cultura cristianos; allí fue donde se escribió, en las últimas décadas del siglo XI y las primeras del XII, *La Primera Crónica*, en la que se afirma que el reino de Kiev había sido fundado por la dinastía de los Ríúrikovich (llamada así por el primer príncipe varego, Ríúrik) a la que Vladímir pertenecía. Yaroslav promulgó el primer código de leyes ruso, la *Rússkaya Pravda*. La palabra *pravda* es clave para la comprensión de la cultura rusa: significa no solo la verdad, sino también la justicia y lo que es correcto según la ley divina. La principal contribución de este código fue castigar severamente las venganzas de sangre y sustituirlas por un sistema muy preciso de multas por asesinato, lesiones, insultos o delitos contra la propiedad. La capacidad de imponer estas multas suponía la existencia tanto de una fuerte autoridad central como de un sistema monetario estable.

En el extremo norte de la ruta comercial que unía Escandinavia con Bizancio, la ciudad de Nóvgorod se convirtió en un importante centro económico. Adquirió el control sobre los inmensos territorios de los lejanos norte y oriente e impuso tributos a los pueblos bálticos y ugrofineses que los habitaban. Gracias a sus grandes bosques, los habitantes de Nóvgorod podían comerciar con madera, pieles, cera y miel, tanto con el sur –Kiev y

Bizancio— como con el oeste —la costa del Báltico y Alemania a través de la Liga Hanseática—. Nóvgorod tenía su propia catedral de Santa Sofía y su arzobispo, segundo en importancia tras el metropolitano (el obispo de la metrópoli) de Kiev. Su *veche* era especialmente influyente y con frecuencia ejercía su derecho a elegir a su propio príncipe, cualquiera que fuese el régimen dinástico establecido por Kiev.

Yaroslav hizo todo lo posible para afianzar un sólido liderazgo colectivo regulando la sucesión en los tronos principescos, que dejó de ser directa de padres a hijos, para pasar a los hermanos menores según su edad. Con ello establecía el principio de que el reino era una especie de federación que pertenecía a la familia principesca en su conjunto, y al mismo tiempo eliminaba los motivos



1. Monasterio de las Cuevas, Kiev

de disputas dentro de esa familia. El hermano de mayor edad era el que supervisaba todo.

En principio, esa forma colectiva de gobernar tuvo buena acogida, pero resultó ser demasiado difícil de manejar en la práctica. Tras la muerte de Yaroslav, sus hermanos y primos se dedicaron a pelear entre sí por la herencia, aunque a veces tuvieron que olvidar sus luchas para hacer frente a la amenaza común que representaban las tribus nómadas de la estepa. Durante las invasiones especialmente violentas de los kipchaks (o polovtsy) en la década de 1090, los príncipes acordaron renovar su tratado dinástico. Con ello pudieron hacer frente al peligro inmediato y proporcionar a la Rus de Kiev otro período de paz, aunque no muy duradero.

En 1113 los ciudadanos de Kiev invitaron a Vladímir de Pereiaslavl, el jefe militar más victorioso de la guerra contra los kipchaks, a gobernarlos como gran príncipe. Por sus victorias Vladímir recibió de Bizancio una corona forrada de piel, la «Corona de Monomaj», que simbolizaba que su autoridad procedía de Dios. Fue un gobernante sabio y piadoso, pero también práctico, que creía que debía asumir la responsabilidad personal de todas las obligaciones de la autoridad principesca: la guerra, el orden dinástico y la familia, la justicia, la caridad, el mecenazgo y la observancia de la *pravda*. Expuso sus preceptos por escrito en una *Exhortación (Pouchenie)* dirigida a sus hijos, instándolos a gobernar no solo por medio de la fuerza, sino también mediante «el arrepentimiento, las lágrimas y la limosna». Esta combinación de poder por la fuerza y de moral cristiana arraigó como un ideal para los gobernantes de Rus/Rusia.

La fragmentación de la Rus de Kiev se reanudó tras la muerte de Vladímir y en parte se debió a su crecimiento tanto geográfico como económico. El comercio expandió la actividad económica a nuevas áreas, especialmente al norte y al este, donde abundaban la madera, las pieles y el pescado, y cuyos bosques ofrecían una mejor protección contra las incursiones de los invasores esteparios. Se fundaron nuevas ciudades que los príncipes más jóvenes utilizaron como base para asegurar su propia autoridad. Vladímir, Súzdal y Rostov, en especial, se convirtieron en ricos centros comerciales, rivalizando, aunque de manera todavía no preocupante, con Kiev y Nóvgorod. Se construyeron nuevas iglesias y se crearon nuevos obispos bajo la égida del metropolitano de Kiev. Al mismo tiempo, las luchas intestinas de los príncipes por los derechos sobre las tierras y las sucesiones socavaban repetidamente estos prometedores avances.

El yugo mongol

A principios del siglo XIII surgió una amenaza mucho más grave. Las tribus mongolas esteparias formaron un nuevo tipo de federación que tenía su centro entre el lago Baikal y la Gran Muralla china. Sus enormes ejércitos de caballería, liderados por Gengis Kan, muy ágiles y eficaces, conquistaron China, y después se dirigieron hacia el oeste, incorporando a las dispersas tribus nómadas de Eurasia central, entre ellos a los kipchaks. La desunión de los príncipes de Rus resultó fatal. Cuando el ejército de Batu, nieto de Gengis Kan, se acercó a Riazán

en 1237, los príncipes estaban enfrascados en feroces batallas por el control de Kiev y no respondieron a la petición de ayuda de Riazán. Durante los siguientes tres años, la caballería de Batu se dedicó a atacar a las ciudades por separado, sin tener que enfrentarse a un ejército unido de Rus, y llevando a cabo matanzas como la que vimos al principio del capítulo. Los invasores saqueaban, destruían y asesinaban sin piedad. Muchos pueblos perdieron la mayor parte de su población. Los supervivientes sanos eran tomados prisioneros para ser vendidos como esclavos o para servir en el ejército de Batu.

Finalmente Batu llegó a la conclusión de que carecía de fuerzas para la ocupación permanente de un territorio boscoso y desconocido y optó por retirarse. Estableció la capital de sus dominios (*ulus*) –que los historiadores generalmente llaman la Horda de Oro– en Sarai, en el bajo Volga. Desde allí, Batu y sus sucesores dominaron los principados de Rus. Tras una ceremonia simbólica de sumisión, a cada príncipe gobernante se le otorgaba un *yarlyk* (la autorización para gobernar). A la hora de elegir un príncipe sucesor, siempre que resultaba posible la Horda de Oro seguía las reglas establecidas por Kiev, aunque reservándose el derecho de la decisión final. Cada príncipe tenía asignado un recaudador de impuestos mongol y un virrey que llevaba el censo de la población local –indicio de un sistema administrativo muy desarrollado– y que se aseguraba de que el pueblo pagase los tributos a Sarai y contribuyese con hombres a una milicia o a una brigada de trabajos forzados.

Los rusos siempre han considerado el yugo mongol como una desgracia sin paliativos. Sin embargo, las in-

vestigaciones recientes sugieren que, tras los ataques y saqueos iniciales, proporcionaba algunas ventajas, a pesar de que durante varias generaciones el pueblo de Rus tuvo que soportar una pesada carga contra la que se rebelaba periódicamente: los mongoles acabaron con las luchas intestinas de los príncipes y crearon una red de comunicaciones provista de casas de postas superior a todo lo que había existido en Kiev hasta aquel momento; a través de esta red, Rus se pudo incorporar al comercio de Asia central, que se extendía hasta China, la civilización más rica del mundo en aquel momento; este comercio sentó las bases para una recuperación económica que se aceleró durante el siglo XIV. Los príncipes que cooperaban con los mongoles resultaron especialmente beneficiados: su autoridad estaba respaldada y contaban con el apoyo de estos ante cualquier rebelión en sus territorios.

Para la Iglesia ortodoxa, el dominio mongol supuso casi una especie de edad de oro. En materia religiosa los mongoles eran tolerantes y más tarde se convirtieron al Islam. Eximieron a la Iglesia de la obligación de pagar tributos y aportar hombres para el servicio militar y los trabajos forzosos. Gracias a eso, la Iglesia pudo acumular extensos territorios y numerosos vasallos. Gran parte del trabajo de la colonización de las nuevas tierras recayó sobre los monasterios, que se convirtieron así en viveros de poder tanto espiritual como económico. Además, debido a la fragmentación y el sometimiento de la autoridad seglar, la Iglesia se convirtió en la única institución que podía hablar en nombre de Rus en su conjunto. El metropolitano de Kiev, que se consideraba a sí mismo como el guardián de la integridad de Rus, cambió su título por

el de metropolitano de toda Rus y pasaba gran parte de su tiempo visitando las distintas diócesis.

Mientras tanto, Nóvgorod seguía su propio camino. Su ubicación en medio de los bosques nororientales sirvió para disuadir a los mongoles de atacarlo. Su príncipe Alexandr (gob. 1236-1263) negoció hábilmente con los invasores y, a cambio del pago de un considerable tributo, recibió una carta especial que garantizaba a la ciudad el derecho de gobernarse a sí misma. Alexandr tenía sus buenas razones para apaciguar a los mongoles, ya que su frontera occidental estaba siendo amenazada por los suecos, a los que derrotó en el año 1240 en una batalla cerca del río Nevá –de ahí su apodo de Nevski–. Además, los Caballeros Teutónicos amenazaban con bloquear las lucrativas rutas comerciales de Nóvgorod en el Báltico; en el año 1242 atacaron la propia Nóvgorod, pero fueron derrotados por Alexandr en el congelado lago Peipus. La magnitud de la batalla pudo ser exagerada por los cronistas posteriores, pero su importancia no. El río Narva y el lago Peipus quedaron como la frontera permanente entre el cristianismo oriental y el occidental.

El hijo menor de Alexandr, Daniil, se convirtió en gobernante del nuevo principado de Moscú. Durante el siglo XIV, él y sus sucesores lograron convertirse en los privilegiados destinatarios del *yarlyk* de gran príncipe a pesar de que, como descendientes de una línea secundaria de los Riúrikovich, no cumplían con los requisitos sucesorios de Kiev. El hijo de Daniil, Iván I (Iván Kalitá, o ‘saco de dinero’, gob. 1325-1341), recibió el *yarlyk* en 1328, después de haber desbancado a un rival de Tver. Profesó una inquebrantable lealtad a la Horda de Oro y

utilizó su cargo de recaudador de tributos para enriquecer su propio principado. A cambio de prestar dinero fue cosechando apoyos de los príncipes vecinos y de sus ciudades comerciales y, en ocasiones, incluso llegó a integrar sus territorios en Moscovia. Gradualmente, Moscú dejó de observar las reglas dinásticas de Kiev y adoptó la sucesión directa –de padre a primogénito–. La importancia de ese cambio quedó patente en 1425: a la muerte de Vasili I, su hermano impugnó la sucesión de su hijo y Moscovia se vio envuelta en una guerra civil que duró casi treinta años. Más tarde, los príncipes y sus boyardos (principales guerreros) decidieron evitar la repetición de semejantes desastres.

Pero no solo se iban recuperando las regiones del norte y oeste de Rus. Los principados suroccidentales, sobre todo Galitzia y Volinia, se aliaron con Lituania, que derrotó a la Horda de Oro en la batalla de las Aguas Azules en 1362 y fue capaz de establecer su autoridad sobre Kiev y la mayor parte de las tierras originarias de Rus. Desde finales del siglo XIV, Lituania buscaba la unión con Polonia para estar más protegida y formar lo que en aquel momento llegó a ser el reino más grande de Europa. Los príncipes lituanos se convirtieron a la religión católica, aunque muchos de sus súbditos siguieron siendo ortodoxos. De este modo, los principados del oeste y suroeste de Rus de Kiev adoptaron la elitista cultura polaca, a diferencia de los principados del norte y del este. El idioma que se hablaba en el oeste, inicialmente conocido como *rusin* ('ruteno'), se convirtió en el idioma bielorruso moderno, y su territorio, con el tiempo, dio lugar a la actual Bielorrusia y gran parte de Ucrania.